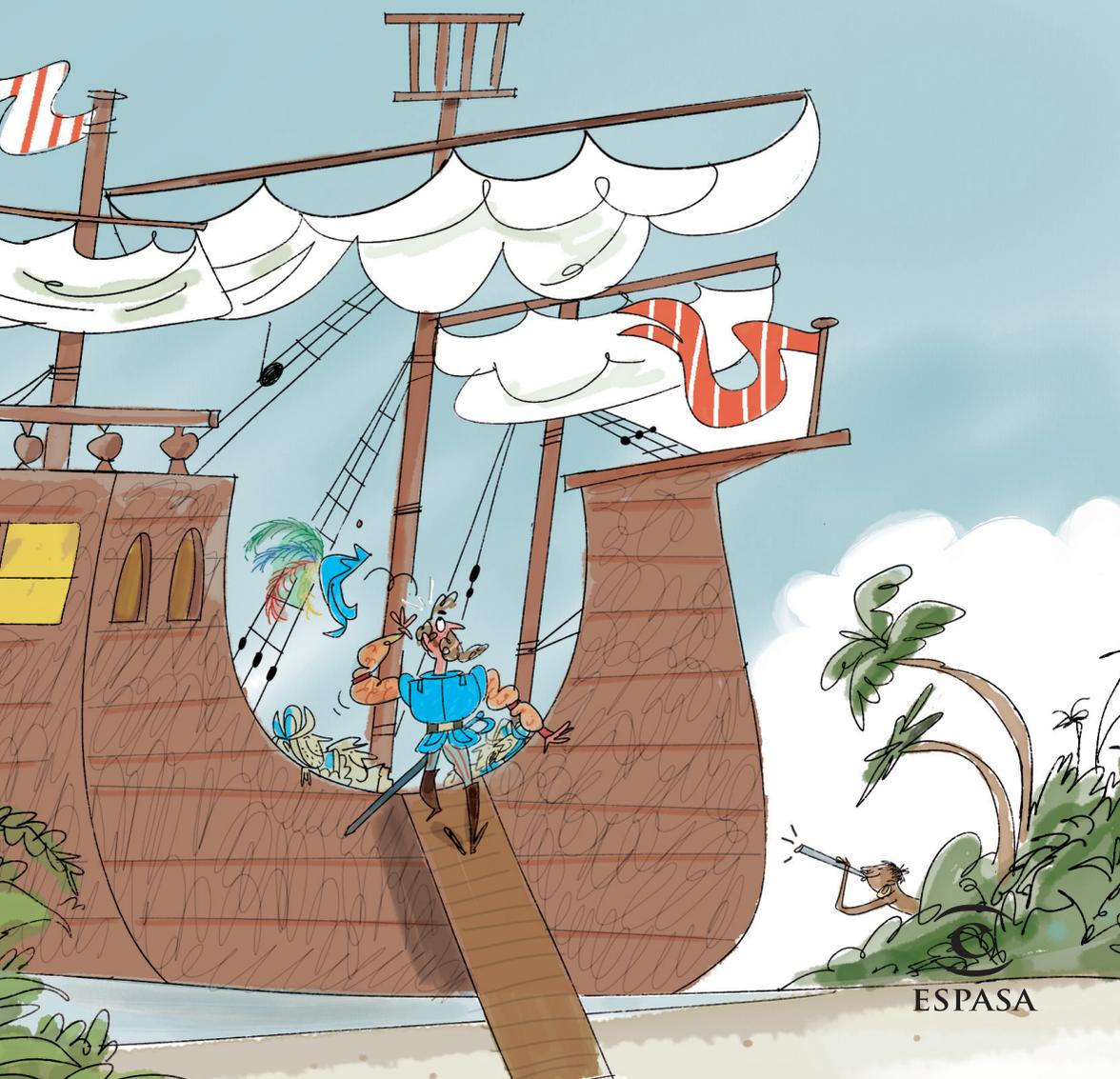


HENRY KAMEN

PEQUEÑA HISTORIA

de la CONQUISTA de AMÉRICA

ILUSTRADO POR FERMÍN SOLÍS



ESPASA

HENRY KAMEN
PEQUEÑA HISTORIA
de la **CONQUISTA**
de **AMÉRICA**

ILUSTRADO POR FERMÍN SOLÍS

TRADUCCIÓN DE
JUAN FERNÁNDEZ


ESPASA

- © Del texto: Henry Kamen
- © De las ilustraciones: Fermin Solís
- © Espasa Libros, S. L. U., 2014

Traducción de Juan Fernández

Diseño de cubierta e interior: María Jesús Gutiérrez

ISBN: 978-84-670-4204-7

Depósito legal: B. 22.078-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Editorial Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



ÍNDICE

PRÓLOGO	10
CAPÍTULO 1	
EL DESCUBRIDOR Y EL PRINCIPITO (CRISTÓBAL COLÓN Y EL NUEVO MUNDO)	12
CAPÍTULO 2	
LOS PUEBLOS DEL SOL (HERNÁN CORTÉS Y LOS AZTECAS)	36
CAPÍTULO 3	
LAS ORILLAS DEL PACÍFICO (NUÑEZ DE BALBOA, MAGALLANES Y ELCANO)	58
CAPÍTULO 4	
EL FRAILE ANGUSTIADO (BARTOLOMÉ DE LAS CASAS)	82
CAPÍTULO 5	
EL EMPERADOR INCA (FRANCISCO PIZARRO Y LOS INCAS)	104
CAPÍTULO 6	
LA TIERRA DE "EL DORADO" (QUESADA, AGUIRRE Y OTROS BUSCADORES DE ORO)	128

CAPÍTULO 7	
LA FUENTE DE LA JUVENTUD (LAS EXPEDICIONES A NORTEAMÉRICA)	150
CAPÍTULO 8	
LAS CIUDADES MÍTICAS (TRAS LA LEYENDA DE LA ATLÁNTIDA)	174
CAPÍTULO 9	
EL RÍO ETERNO DE LAS AMAZONAS	196
CAPÍTULO 10	
MACHU PICCHU Y EL PRINCIPITO	218
MAPAS Y CRONOLOGÍA	241



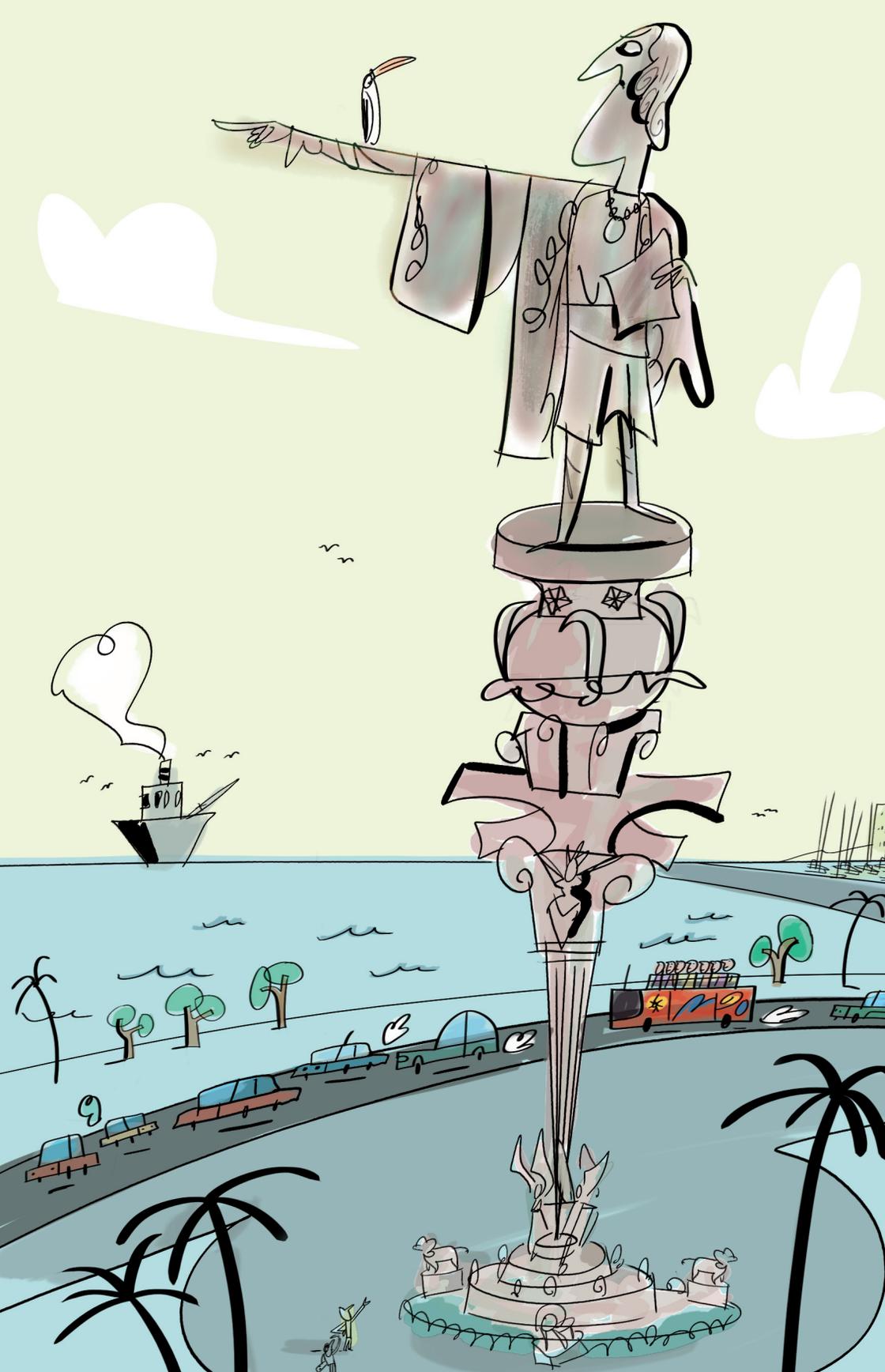
EL DESCUBRIDOR Y EL PRINCIPITO

Una columna de sesenta metros de alto, coronada por la figura de un hombre con el brazo derecho extendido y el dedo índice señalando hacia el mar, preside el puerto de Barcelona. Conmemora al navegante que llegó a la ciudad en 1492 para informar al rey de Aragón y a la reina de Castilla, Fernando e Isabel —que se encontraban de visita en la ciudad en ese momento—, de que venía de descubrir nuevos territorios en ultramar. Se llamaba Cristóbal Colón y se hizo famoso por ser considerado el europeo que descubrió el continente americano. Las aguas del puerto estaban en calma. Se extendían, a lo lejos, hasta la línea del horizonte. Y ahí estaba yo, pensando en la hazaña de Colón y en lo valiente que tuvo que ser para navegar esa distancia tan grande, surcando los mares en dirección a un nuevo mundo, cuando una voz interrumpió mis ensueños.

—¿Estás pensando en la estatua? —dijo la voz.

Me volví para ver quién era. Se trataba de un niño vestido con una camiseta gris, sin mangas, y unos pantalones cortos de color verde. Tenía el pelo negro y alborotado y unos ojos muy brillantes.







Me miró desde su corta estatura y repitió la pregunta. Yo estaba algo confuso y no sabía muy bien qué responder. Él continuó:

—Debe de haber sido una persona importante para tener una estatua tan alta. ¿Qué hizo?

—¡Oh!, descubrió el Nuevo Mundo y esa es la razón por la que vino aquí, para contárselo al rey y a la reina.

—¿Quieres decir que nadie sabía nada de ese Nuevo Mundo antes de que él lo descubriera? ¡Suena como si se tratara de un planeta lejano! ¿Y lo descubrió él solo? ¡Es increíble! ¿Así que ese Nuevo Mundo era realmente nuevo? ¿Nadie más sabía de su existencia?

—¡Eh, eh! ¡Cuántas preguntas! ¿Quién eres tú?

Me intrigaba su repentina aparición.

—Bueno, yo iba a hacerte la misma pregunta, porque es evidente que sabes mucho sobre este monumento. Así que, si me cuentas más cosas, yo te cuento quién soy; porque estoy aquí solo de visita.

Asentí con la cabeza y él siguió:

—Soy un principito y vengo de un lejano planeta donde mi padre es el rey. Me dejó que viniera para hacer una visita rápida, pero mi nave espacial se ha estropeado y tengo que llevarla a arreglar. ¿Lo ves? Parece que está rota —me dijo señalando un monopatín que tenía a sus pies.

Yo veía que aquello era un monopatín y que no parecía en absoluto una nave espacial. Pero decidí seguirle la corriente y fingí que me creía su historia. Parecía estar triste y tomarse aquello en serio, así que no quería que se disgustara.

—Sí, ya veo que tu nave espacial no tiene buen aspecto. Tal vez te pueda ayudar a repararla. Pero, una cosa: no puedo seguir llamándote «principito», porque suena raro. ¿No tienes otro nombre?

—Mis amigos me llaman Eduard.

Sonrió, y la sonrisa iluminó su cara.

—Puedes llamarme Eduard, si quieres. No es un mal nombre.



Solo me llaman «principito» en palacio. Ahora cuéntame quién eres tú y quién era ese hombre que descubrió el Nuevo Mundo.

—Bueno —contesté—, yo soy una persona que escribe sobre cosas que han pasado. Me llaman «historiador». ¿Quieres que intente responder a tus preguntas?

Contestó que sí con la cabeza, moviéndola enérgicamente, así que empecé a explicarle. Nos sentamos juntos frente al mar y él se dispuso a escuchar, muy atento...

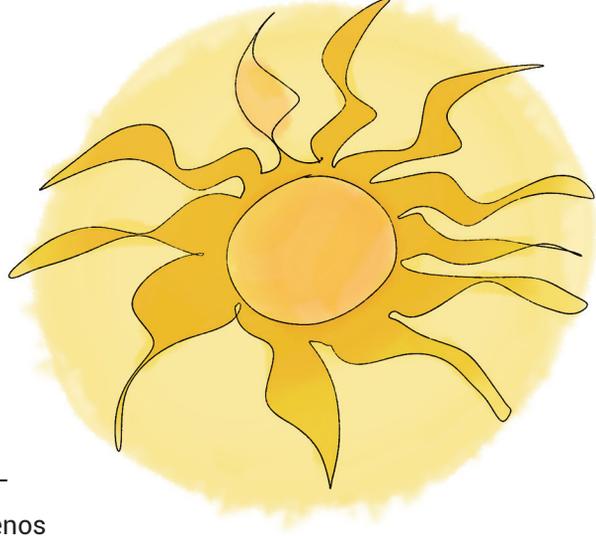
«**Nuevo Mundo**» era el nombre que solía darse al continente americano porque los europeos no lo conocían antes de finales del siglo XV. El vasto océano que se extendía entre la costa este del Nuevo Mundo y Europa constituía una enorme barrera que muy pocos habían conseguido superar. Por el otro lado, el de la costa oeste de América, los pueblos asiáticos tampoco sabían de su existencia. El aislamiento del continente americano de lo que podemos llamar el Viejo Mundo tuvo una serie de interesantes consecuencias.

En Europa existían, y habían existido, pueblos e imperios de fama reconocida, como los griegos y los romanos; pero el Nuevo Mundo también estaba habitado por millones de personas que, en determinadas épocas históricas, habían alumbrado grandes civilizaciones: formas de vida completamente distintas a las europeas.

La mayoría de los americanos vivían de manera bastante sencilla, trasladándose todos los años de una zona a otra porque necesitaban grandes territorios de los que obtener comida y otras cosas imprescindibles para su supervivencia. Esas tribus nómadas se dedicaban a la caza, a la pesca y al cultivo de productos que podían intercambiar cuando surgía la necesidad. Pero existían otras tribus que, con el tiempo, habían desarrollado una forma de vida más sedentaria: acabaron viviendo en ciudades, usando la piedra para



construir casas y templos, y estableciendo alianzas entre ellos para tener más fuerza a la hora de enfrentarse con sus enemigos. Los consideramos «imperios» porque acumularon realmente mucho poder, al menos



durante un tiempo. En Centroamérica, el más conocido fue el de los aztecas, que encarnaron el núcleo de un estado formado durante el período que en Europa se conoce como el siglo XIV. Mucho más al sur existía también una gran alianza de pueblos, los incas, que se desarrolló también en esa época. En otras zonas del continente florecieron otras civilizaciones, como la de los mayas de la península de Yucatán, que vivían en comunidades dispersas.

Durante siglos, todos esos pueblos del Nuevo Mundo estuvieron bastante aislados entre sí y del resto del mundo. Eso se debió, principalmente, a que nunca llegaron a construir grandes embarcaciones que les permitieran surcar los mares. Y presentaban también otra serie de características que los diferenciaban bastante de los europeos: no tenían metales suficientemente duros, como el hierro, de manera que, por lo general, no contaban con armas o herramientas metálicas; cuando querían tallar una piedra lo hacían con otra piedra. Para ellos, el oro era un metal blando e inútil. Tampoco conocían la rueda, el invento que nos permite trasladar objetos pesados de un lugar a otro. En vez de eso, si querían trasladar algo de esas características se veían obligados a empujarlo y a tirar de ello. No tenían bestias de carga que los ayudaran, ni ganado, ni caballos. Tampoco tenían casi ninguno de los animales que eran normales para los europeos, y eso significaba que consumían



muy poca carne; su dieta era principalmente vegetariana, aunque incluía el pescado. Con algunas raras excepciones, lo normal era que no supieran escribir, por lo que no pudieron dejar testimonio escrito de su historia, su literatura o sus creencias. Por lo general, lo que sabemos de ellos se basa en los dibujos y grabados que dejaron en estatuas y edificios sagrados. Curiosamente, tampoco tenían muchos instrumentos musicales.

—Dios mío —dijo Eduard, muy serio—, parecen tan primitivos como alguna de las gentes de los planetas que visita mi padre.

—En absoluto —le aseguré—. No eran primitivos, sino distintos.

Lo increíble es que consiguieran hacer lo que hicieron sin la ayuda de la rueda o de herramientas metálicas. Construyeron enormes edificios con ladrillos y piedras perfectamente talladas, e imponentes pórticos de entrada que aguantaban en pie a pesar de que no conocían la técnica del arco arquitectónico. Transportaban enormes rocas desde los valles para construir sus templos en las cumbres de las montañas más altas. Los incas inventaron incluso un método para subir el agua colina arriba para regar el maíz que sembraban en terrazas en las laderas de los montes. Tenían un servicio de correos formado por corredores que llevaban los mensajes con una eficacia y rapidez sorprendentes. Y, sobre todo, se preocupaban por el bienestar de su gente de un modo que nadie había hecho, ni hace en nuestros días. Cuando recogían una buena cosecha, los incas almacenaban el grano sobrante en grandes silos y así podían utilizarlo en años de escasez para que nadie pasara hambre. Además, entre ellos no existía división entre pobres y ricos: se cubrían las necesidades de todo el mundo y, dado que el robo y la delincuencia eran casi desconocidos, la gente siempre dejaba sus casas abiertas. Como puedes ver, se trataba de un tipo de civilización que no se parece a la que tenemos nosotros hoy en



día. Y las guerras estallaban muy pocas veces: ¿para qué iban a pelearse? De hecho, los aztecas inventaron una forma especial de juego de guerra, la guerra florida, que tenía también un significado religioso y que consistía en que, durante épocas de paz, equipos de guerreros tenían que combatir entre sí. A menudo (siento decirlo), el equipo que perdía era sentenciado a muerte y «sacrificado». Pero ese tipo de prácticas no existían en el resto del continente.

—Parece como si los habitantes del Nuevo Mundo fueran felices, pero en su forma de vida también había algunas cosas que no me gustan nada —señaló el principito—. Tal vez no fuera tan malo que estuvieran separados del resto de la humanidad. ¿Tenían dinero? ¿Cómo usaban el oro?

—No, no conocían el dinero —respondí—. En vez de eso, intercambiaban unos productos por otros. Los impuestos se podían pagar con maíz o con insectos raros. Y el oro lo usaban solamente para hacer objetos decorativos o de uso doméstico.

